



HERALDO

Permítanme que les narre una anécdota. En noviembre de 1997, desempeñando el puesto de subdirector general de Geodesia y Geofísica en el Instituto Geográfico Nacional en Madrid, fui designado representante de España en la XVI Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que es un organismo encuadrado en la Organización de Estados Americanos y que, entre otras tareas, se ocupa de la gestión mundial de la información geoespacial. La nominación me cayó en suerte simplemente por razón de mi cargo. Nuestro país participaba con estatus de observador (con voz, pero sin voto). El evento tuvo lugar en Santiago de Chile y el acto solemne de apertura lo presidió el general Augusto Pinochet Ugarte, que aun cuando ya no era presidente del país andino seguía

siendo el comandante en jefe de su Ejército. Estuve sentado en un lugar preeminente justo detrás de su esposa, Lucía Hiriart. Después, durante la recepción de los delegados de los distintos países, tuve ocasión de compartir un fugaz momento con el dictador, pues él y su séquito pronto se retiraron a una sala aledaña. El caso es que allí se encontraba un altivo brigadier general con uniforme blanco impoluto luciendo su bastón de mando y ufanándose de la inscripción grabada en la empuñadura de su vara de autoridad; rezaba así: «Con razón o sin ella». Ya pueden colegir lo que yo pensé de tal lema y de quien lo exhibía.

He recordado este suceso al escuchar las desafortunadas e in-

en el transcurso de la reciente reunión del Comité Federal del (aún llamado) Partido Socialista Obrero Español: «Vamos a avanzar con determinación... con o sin el concurso del poder legislativo». ¡Vaya! Quiero creer que se aturulló y que todo se resume en un 'lapsus linguae', en un desliz involuntario falta de reflexión y cautela, sin intención de buscarle tres pies al gato. Pero, conociendo el comportamiento del notable en el ejercicio del poder durante los últimos años, no me resisto a pensar que le ha traicionado el subconsciente y que ha aflorado su morbosa pulsión de anclarse a todo trance en el gobierno de la nación. Carecería entonces no solo de talante democrático, ya muy en entredicho a tenor de su predilección por los decretos leyes, sino de pudicia y de freno moral en el desempeño de su potestad.

Precedentes no faltan, dada su propensión a influir en la prensa desde que se hizo cargo de la secretaría general de su partido, imponiendo titulares y sugiriendo líneas argumentales (como atestiguan periodistas alevosamente depuestos en un diario). Pero de un tiempo a esta parte, posiblemente abrumado por los revolcones sufridos o en ciernes por cuenta del legislativo y por los negros nubarrones que se vislumbran por el horizonte y presagian una descarga de infortunios y reveses en su entorno político o en el privado, cada vez que habla o actúa hace gala de cesarismo y su discurso y conducta se aproximan más a los rasgos propios de un autócrata que detenta el poder sin sujeción alguna. Algo insólito y repudiable en una democracia (aunque sea imperfecta como la nuestra). De ningún modo es aceptable que la acción de un jefe de gobierno esté abonada al engaño y al dislate.

Insinuar que va a proceder sin atender a lo que se vote libremente en el Congreso de los Diputa-

dos es un total desatino. Es un síntoma de irresponsabilidad, pues da a entender que, llegado el caso, no tendría empacho en guiarse como un gobernante en un régimen autoritario. Es una declaración preocupante, muy impropia de un sincero demócrata; aunque la rectifique o reboce deja un alarmante poso de avieso propósito. Gobernar sin contar con el poder legislativo, desconociendo apenas su existencia formal y considerando

a los diputados como meros figurantes, es tanto como dar la espalda a la cordura, además de una grave anomalía en una democracia; es algo más peculiar de una autocracia y cercano a una dictadura donde no se respeta la separación de poderes y sus respectivos cometidos.

Se puede jalearse la gestión política del señor Sánchez en relación con diversos asuntos y situaciones, o disentir de muchas de sus decisiones y criticar sus reiterados embustes y sus numerosas promesas incumplidas; pero desde ningún punto de vista cabe aplaudir su reproducible baladronada de actuar al margen de las resoluciones adoptadas en el Congreso de los Diputados, que pretendidamente es el ámbito en el que reside la soberanía popular, y de ejercer por sí solo la autoridad del Estado. Son palabras graves que rememoran las antedichas «con razón o sin ella», que denotan una peligrosa e inadmisibles deriva del personaje muy ofuscado en detentar el poder a cualquier precio y que comprometen su acción de gobierno en beneficio de todos los españoles.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza